

Sembrar esperanza, cosechar vida

En homenaje a los Misioneros Dominicanos y sus colaboradores desde Selvas Amazónicas

Por: **Beatriz García Blasco (VAPM)**
Selvas Amazónicas Perú



Foto: Paciente Covid dado de alta en Hospital de Sepahua

*Podemos decirlo en castellano,
“gracias”; en Harakbut,
dakichi; en Yine, poyagnu;
en Matsigenka, pasonki; en
Quechua, yusulpay; en
Asháninka, pasonki; en
Yaminahua, aichu;
y en varios idiomas más.
Distintas lenguas que expresan
un mismo sentimiento.
El de la gratitud por sentirnos
fuertes y unidos ante la
adversidad guiados, siempre,
por el Dios de la Vida.
¿Acaso existe algo más bonito
que ayudar?*

Él es Julio Ramírez. Tiene 40 años, y si sigue vivo es gracias a mucha gente a la que ni siquiera conoce. *El día que me quedé ingresado, ese día recién, llegaron los primeros medicamentos. Tuve mucha suerte, mucha, reconoce, quizás me hubiera muerto, porque además del Covid me salió presión alta y por dos veces hice taquicardias. Estuve cerca al infarto.*

Una semana antes Julio había empezado a tener fiebres altas, de más de 39. *Me fui donde el doctor Lucho, me hicieron prueba pero salió negativo, aún así el doctor me puso ampolla y me mejoré, pero cuando pasó el efecto otra vez mal, hasta que un día a las dos de la madrugada ya no podía respirar, mi mujer me hizo inhalar, vaporizar... pero igual, unas horas después terminé en el hospital,* relata. Era domingo, 7 de junio. Un día antes se había confirmado, a través de una pareja joven, que el Covid-19 ya estaba en Sepahua. Julio no había tenido contacto con ellos y eso dejaba claro que el virus llevaba varias semanas en la zona. No se trataba de controlar un foco, sino varios, nadie sabía cuántos. Julio no solo fue uno de los primeros infectados “oficiales” del Bajo Urubamba, sino el primer paciente cuya vida, literalmente, pendía de un hilo. El primero en necesitar (y acabar) el poco oxígeno que había.

Julio también fue el primer paciente del Centro Covid implementado, en tiempo récord, en Sepahua. Un “mini-hospital” con unas 15 camas clínicas que en pocos días se llenaron, pulsioxímetros, dos monitores cardiacos, balones y concentradores de oxígeno que se instaló, curiosamente, en un local cedido por lo que en Perú se llama la Asociación del Adulto Mayor, es decir, en el local de los jubilados del pueblo.

Dos semanas después, ese primer paciente complicado fue dado de alta y, aunque siente que le han quedado secuelas en los pulmones porque *no puedo trabajar igual, me agito enseguida*, lo más valioso es que sigue vivo. No encuentra suficientes palabras para agradecer. *Aquí todo ha sido gracias al padre Ignacio y al doctor Lucho, ellos se han movido, han pedido ayuda, en la radio el Padre sale a hablar y nos dice que agradezcamos, que llega apoyo desde España y de los Estados Unidos, de varios países, de mucha gente*, explica el vecino, carpintero de profesión, y *esa ayuda gracias a Dios ha llegado rápido, justo a tiempo. Aquí todo el mundo lo sabe y lo valoramos mucho. De no ser por eso, quién sabe, ¿cuántos habríamos muerto?* Él, sin dudarlo, se incluye en esa hipotética lista.

Postas vacías, sin oxígeno ni las medicinas más elementales, falta de equipos de protección especial, insuficientes pruebas (y de dudosa fiabilidad), así como carencia de personal. Es el panorama general que se replicaba, una y otra vez, en toda la Amazonía peruana en los meses de marzo y abril. Y los del Vicariato Apostólico de Puerto Maldonado no eran la excepción. Un panorama completamente desalentador para enfrentar la más difícil de las batallas, o más bien guerra, contra un enemigo desconocido e invisible: el archifamoso coronavirus. Y ante eso, ¿qué hacer? *No queremos esperar a las lágrimas para ponernos en movimiento, no podemos esperar a que pase, aquí, lo que hemos visto en regiones como Loreto y Ucayali*, pedía el obispo dominico David Martínez de Aguirre el 20 de mayo, durante la presentación de la campaña solidaria “Madre de Dios: Seamos uno” liderada por Cáritas y el Vicariato. La maquinaria debía ponerse en marcha.



Foto: Mons. David acompaña a Equipo del Vicariato Apostólico en visita a comunidades

Una maquinaria engranada desde varios lugares e instituciones. Piezas, todas, importantes. Desde los cinco soles (poco más de un euro) donados por familias humildes hasta los aportes de empresarios pudientes, pasando por la colaboración de instituciones públicas y privadas, así como organizaciones, congregaciones y asociaciones de Iglesia. Para este “salvar vidas” en el Vicariato de Puerto Maldonado fundamental ha sido, sin duda, el apoyo llegado desde España a través de Selvas Amazónicas. *Al momento de canalizar hemos tenido, fundamentalmente, tres objetivos en mente. Uno, apoyar las campañas del Vicariato para implementar los principales hospitales de Puerto Maldonado, Quillabamba y Sepahua; reforzar la capacidad de las postas sanitarias de la periferia para la detección y tratamiento de pacientes leves y moderados con medicamentos básicos; y reforzar la prevención en las comunidades nativas, dotando de materiales de higiene y de protección personal*, enumera Rafael Alonso, coordinador de Selvas

Amazónicas en Perú. En referencia a la implementación cabe resaltar la compra de concentradores de oxígeno, máquinas que se han demostrado de gran utilidad en la selva siempre y cuando haya acceso a energía eléctrica, pues recargar balones de oxígeno es, en el caso de las misiones más alejadas, muy tedioso, a veces directamente imposible.

Entre la confusión y el temor

Si algo se critica al Estado peruano en los últimos meses es la falta de “interculturalidad”, de visión y toma de decisiones desde la mirada de los pueblos indígenas. Si para la sociedad occidental asumir y aceptar esta nueva realidad ha sido un gran reto, no lo es menos para la sociedad amazónica y, particularmente, indígena. El padre Roberto Ábalos, con más de 15 años de convivencia con el pueblo matsigenka del Alto y Bajo Urubamba, suele ser muy gráfico para entender y empatizar con esa “otra visión”. Así responde desde la Misión San José de Koribeni.

- *Por lo que viene hablando con ellos, ¿cómo perciben las comunidades esto del Covid?*
- *Los que tienen celular sienten una confusión terrible, que si es bueno esta raíz, esta medicina, si es buena o mala, si tiene efectos secundarios... en las comunidades alejadas saben lo que escuchan por radio, menos mal que la mayoría escuchan Radio Quillabamba. Están asustados porque saben que es una enfermedad, y que está matando. Aquí teníamos internos de comunidades alejadas y los papás, con buen criterio, han venido para decir que se los llevan porque en las comunidades no hay tanto peligro, que no iba a subir el bicho hasta ahí arriba. Están preocupados. En las comunidades más alejadas el peligro real viene en alguna tomada de masato y nos tememos que en alguna de esas, en que alguien baje a vender una gallina regrese, así haya ido solo, con compañía: el bicho y él. Pero por otra parte parece que el temor es nuestro, porque algunos de ellos dicen “si no nos ha matado el hambre, ni tantos bichos venenosos que hay...”. Vamos, que por otro lado lo ven como una víbora nueva, un bicho más, que nos puede picar, o no. Lo perciben como un animalito nuevo que les puede picar y se mezcla también con el tema mitológico, se atribuye su llegada a algún daño o espíritu malo que ha sembrado algo malo, del que tienen que cuidarse, como se cuidan de la víbora, del tigrillo o de la isula. Cuidarse, cuidarse y cuidarse.*

Aguas abajo, en el mismo río Urubamba, pero desde la Misión “Inmaculada Concepción” de Kirigueti, el padre Daniel Medina, también percibe ese factor. *La enfermedad para ellos es un concepto que no solo implica una salud biológica sino que tiene una implicancia cultural, que se lee a través de su cosmovisión, incluso tiene algún elemento en relación a lo mágico y religioso. Sienten temor, incertidumbre, inseguridad, muchas dudas por la poca información y el desconocimiento. Sienten muchas cosas que no resultan favorables para el ritmo y tranquilidad que usualmente tienen en su vida diaria. El desconocimiento hace ver las cosas como algo catastrófico, como que ya la muerte va a venir y tenemos que huir, sentimientos incluso de migrar. Muchos han dejado sus costumbres para adentrarse en las chacras o en territorios más adentro. Eso, calculo, es en un 80% y el otro 20% más o menos sienten seguridad, equilibrio y tranquilidad de que puede superarse, que pueden tomarse acciones, hacerse cosas para prevenir, contrarrestar... pero es lo más bajo, explica.*



Foto: P. Roberto Ábalos entregando bienes donados por Selvas Amazónicas a Posta Médica

Todo lo relacionado con el miedo y el temor está íntimamente relacionado con un hecho constatable: la gente, en cualquier parte de la Amazonía y casi en cualquier zona de Perú no confía en el precario sistema de salud. Y, en medio de esta crisis histórica, la mayoría ha visto en la Iglesia y en algunas ONGs un rayo de esperanza. *Cuando salí de la consulta, bloqueada porque me habían dicho que era positivo, solo se me ocurrió una cosa: llamar al padre Joel.* Es la voz de Yima Salízar, hoy recuperada. Con un horrible dolor de cabeza y tos persistente durante casi un mes, pero sin fiebre, Yima fue al médico varias veces. *Me dijeron que no tenía los síntomas, que saturaba normal y aseguraban que no tenía Covid. No me querían hacer la prueba, cuenta, hasta que un galeno me dijo que fuera de nuevo y exigiera, que dijera que como había estado trabajando en Salud era contacto, y solo así me tomaron.* Salió IGG positivo, es decir, estaba infectada desde hacía varias semanas y, en teoría, saliendo de la enfermedad. Por eso, argumentaron, no necesitaba medicación.

A pesar de que una piensa que está preparada, en ese momento psicológicamente te derrumbas. Y dije, ¿a quién llamo? Timbré al Padre Joel, más que todo por un consejo espiritual, porque me sentía mal, cuenta. Joel Chiquinta, joven misionero dominico con apenas unos años en Quillabamba, no solo apareció en su ayuda, sino que le visitó en casa con un equipo de médicos voluntarios y con medicinas (ivermectina, azitromicina y paracetamol). Todo articulado por la campaña médica "Pepito" impulsada desde la parroquia de Quillabamba. *Es un ángel, un verdadero ángel que Dios ha regalado a los quillabambinos, afirma en referencia al párroco.* Yima salió adelante, el 18 de julio le dieron el alta. Sigue esperando a que, desde la clínica "oficial" le llamen o le visiten para saber cómo está. *Nunca me llamaron, lamenta.*



Foto: Campaña de Solidaridad en lucha contra el Covid en Quillabamba. Todos participan

Al igual que el padre Joel, y siguiendo el Evangelio de San Mateo, “estuve enfermo y fueron a visitarme”, es que las hermanas Úrsula Myszak y Miroslava Santillán, ambas enfermeras de profesión, se han involucrado de lleno en la lucha contra el Covid entre las poblaciones indígenas de Madre de Dios. Como afirmaba Yima, las misioneras (dos de las cuatro que conforman un equipo intercongregacional que se instaló en Puerto Maldonado los primeros días de marzo) coinciden en que el factor psicológico, que depende en gran medida del acompañamiento y el seguimiento del proceso de la enfermedad, es decisivo para superarla con éxito. Ellas vienen canalizando, en coordinación con Cáritas Madre de Dios y Redes Periféricas de la Dirección Regional de Salud, buena parte de los medicamentos e insumos enviados no solo desde Selvas Amazónicas, sino también desde la Unión Internacional de Superiores Generales (UISG), la Conferencia de Religiosos y Religiosas del Perú (CONFER) y diferentes congregaciones religiosas.



Las hermanas Úrsula y Miroslava realizan un trabajo de hormiga, pero muy apreciado por las comunidades indígenas de la región que ya han podido atender hasta el momento, pero siguen. *El personal del establecimiento recibe con mucha gratitud las donaciones, así como las*

comunidades y sus juntas directivas, aunque con todos los equipos de protección que llevamos es muy difícil para la comunidad distinguir quién es quién, porque al final todos parecemos personal de salud, comenta la hermana Úrsula.

Las comunidades de Infierno (pueblo Ese Eja), Tres Islas (shipibos), Arazaire (Arazaire), Tupac Amaru (Matsigenkas) y Santa Teresita (Yines) son algunas de las ya visitadas, pero faltan más. Para asegurarnos de que los medicamentos y equipamientos llegan a quienes necesitan coordinamos y nos articulamos con las campañas de salud. Entregamos según receta y el restante se queda en la posta y, si no hay, capacitamos a una persona para el seguimiento diario de los pacientes durante 14 días, tenemos una ficha para el registro de síntomas, dejamos termómetro y pulsioxímetro y nos comunicamos diario, explican; y es que vemos que el Ministerio de Salud no hace apenas seguimiento y, solo vigilando el proceso, es que se pueden detectar posibles complicaciones. Si vemos que alguien está entrando en un cuadro de neumonía, se le puede llevar a tiempo hasta un hospital de mayor complejidad.

“Que no nos falte nadie”

La ayuda de Selvas Amazónicas ha sido puesta al servicio de voluntarios médicos, con quienes se ha organizado una Campaña Médico-Solidaria para detectar casos de coronavirus en su primera fase, y poder ofrecer el tratamiento antes de llegar a una situación de difícil recuperación. Esta campaña médica ha tenido como grandes colaboradores a un grupo de médicos voluntarios, farmacéuticos voluntarios y agentes pastorales. Gracias a esta ayuda inmediata muchas familias se han recuperado y han puesto su confianza en la Iglesia y sus colaboradores, como institución que “se pone la camiseta” en situaciones de crisis social como la que estamos viviendo. El padre Joel Chiquinta, al que mencionaba Yima, ha sido en estos meses la guía que Quillabamba necesitaba. Su ímpetu y energía han contagiado a cientos de personas que se han unido a la parroquia para lograr, entre otras muchas cosas, el gran sueño: comprar una planta de oxígeno que llegó hace unas semanas desde Colombia. Ahora toda la provincia, con más de 150.000 habitantes, respira más y mejor.



Foto: Nueva Planta de Oxígeno instalada en Quillabamba, gracias a la Parroquia y el equipo de Profesionales

Miguel Solís, abogado y miembro de la Asociación de Profesionales de La Convención, fue el nexo. *Los compañeros de la asociación pensaron en la posibilidad de soñar con la planta de oxígeno y me dijeron: "Miguel, tú que eres cercano a la parroquia, ¿por qué no les preguntas qué les parece?" Y nada, llamé al padre Joel y dijo: ¡Adelante, vamos!* Muy conscientes de la precariedad del hospital ante la emergencia, un grupo de profesionales en salud también se unió. *Nos dijeron las cosas como eran. Va a llegar el virus de forma masiva y la gente se va a morir, no vamos a tener oxígeno, recuerda Miguel.* Y se empezó a tocar puertas. La Municipalidad Provincial dio los primeros cien mil soles y todo empezó a caminar. *Se buscaron todas las estrategias posible, hicimos dos cruzadas solidarias, casa por casa, y una gran rifa solidaria final. También en un canal de televisión se hizo la 'tiendita de la esperanza' donde la gente llamaba y donaba desde 50 bolsas de café hasta cuatro camisetas, o cuadros muy bonitos, de todo. Y la gente llamaba y compraba. Los periodistas ya no hacían prensa, sino una tienda televisiva. Todas estas acciones nos han unido mucho como parroquia, se ha hecho un trabajo de hormiga, desde abajo, gracias a voluntarios. Llego un momento en que la rueda ya no se podía parar y, al final, la gran satisfacción, resume sobre el proceso; desde mi punto de vista fue una fiesta, hacía mucho tiempo que la sociedad convenciana no se unía así, desde hace años se había instalado aquí el conformismo.*

El empujón final llegó gracias a la repercusión de esta ola de solidaridad en un canal de televisión nacional. Eso permitió que el Gobierno facilitase el transporte desde Colombia en un avión militar y, ahora, *viene gente desde todos los distritos para poder recargar sus balones de oxígeno.* Gente que, desde cualquier rincón de la provincia, aunque ni siquiera le conozcan, han escuchado hablar del Padre Joel. *La gente le quiere mucho, en unos minutos tengo otra reunión más, porque vamos a lanzar una cruzada más para poder traer un contenedor de balones de oxígeno. Joel es una persona con mucha dinámica y entusiasmo, nos ha motivado enormemente y, no solo yo, sino que hay muchas personas que caminan detrás de él,* indica. Y es que la parroquia de Quillabamba sigue activa, no se conforma y quiere agotar todos los caminos para que nadie más tenga que morir por Covid. El otro gran logro es haber logrado impulsar un laboratorio local de ivermectina que ya está en plena producción, gracias también a la parroquia y al equipo de voluntarios médicos y farmacéuticos. Incluso de otras misiones y parroquias, como la de Shintuya, ya tienen pedidos.

Si bien (casi) nada de esto se habría logrado sin el compromiso y la solidaridad local, en Quillabamba también tienen muy presente que para conseguirlo se han recibido diferentes ayudas desde el exterior. *La ayuda de Selvas Amazónicas aparece como un gran "empujón" que ha desembocado en nuevas iniciativas para ayudar al pueblo con los medicamentos e insumos necesarios para protegernos. Lo enviado para nuestro pueblo se ha complementado con donaciones de otras instituciones, y juntándolas se han formado kits más personalizados. También, poco a poco se fue organizando un botiquín parroquial, con la ayuda de personal farmacéutico y médicos voluntarios, quienes, después de administrar un tratamiento con las medicinas donadas, han emprendido más iniciativas para seguir organizando un botiquín con mayor duración,* explica el padre Joel que, además, también ha impulsado un comedor parroquial que está brindando más de 200 raciones diarias a personas mayores y



familias vulnerables. Ahora quieren que ese comedor se haga autosostenible, así que Miguel ha donado un terreno de su chacra para habilitar ciertos cultivos y crianza de pollos.

- *Miguel, ¿cómo te sientes?*
- *Bueno, yo siempre he caminado en temas de voluntariado pero algo como lo que ha pasado, llegar a recaudar casi un millón de soles, eso no lo imaginábamos ni en el mejor de los sueños. Siento que es muy valioso lo que hemos podido hacer. Estamos salvando vidas, dando oxígeno. Y en esa línea seguimos en el trabajo. Particularmente ha sido una experiencia que podré contar a mis generaciones futuras, dejando una huella, para que mis hijos y nietos puedan practicar la solidaridad en base a este ejemplo tan bonito. La gente se ha unido en un momento tan crítico, donde muchos no tienen dinero, para buscar aire, para buscar oxígeno. Y eso es algo valiosísimo.*

Anticiparse, clave ante el Covid

Los meses de abril y mayo fueron, para Iquitos, la ciudad amazónica más poblada de Perú, en la selva norte, simplemente de terror. La gente moría en las calles en busca de oxígeno. Desde las comunidades indígenas había quienes llamaban a la radio preguntando por familiares que se habían quedado varados en la ciudad y, cuando el periodista lograba apoyarles en esa búsqueda le tocaba, simplemente, confirmar que el nombre de esa persona estaba en una lista de fallecidos. Ni siquiera podía saberse dónde había sido enterrado. Desde allí llegaban desgarradoras historias que permitían, a otros puntos de la Amazonía, imaginar qué podría pasar en pocas semanas. Por eso la clave debía ser, simplemente, anticiparse pues el virus, se hiciera lo que se hiciera, terminaría llegando. Dentro del Vicariato de Puerto Maldonado las misiones más alejadas, como Koribeni, Timpía, Kirigueti y Shintuya han sido las últimas en 'infectarse' y el impacto real de la enfermedad es, todavía, muy incierto. Existen varias comunidades que siguen resistiéndose al Covid.



Foto: P. Julio César Laime (Misión Shintuya) entregando concentrador de oxígeno y material sanitario a Posta Médica del Alto Madre de Dios

En el Alto Madre de Dios, por ejemplo, se reportan hasta mediados de agosto solo 25 casos positivos, localizados casi todos en el centro urbano Villa Salvación. Las comunidades indígenas y asentamientos de colonos siguen “a salvo” y el bicho aún no ingresa en el Parque Nacional del Manu. *Aquí se ha dado mucho control de la carretera*, explica el padre Julio César Laime desde la Misión San Miguel Arcángel de Shintuya; *veremos ahora qué pasa porque ya no hay cuarentena*. Allí el pueblo Harakbut, Yine y Matsigenka ha puesto sus propias medidas y protocolos para tratar de protegerse, lo que incluso generó un conflicto entre la comunidad de Shintuya y el fiscal provincial cuando los indígenas pusieron una tranquera en la carretera que atraviesa la comunidad. Lo hicieron amparados por la legislación internacional que protege los derechos de los pueblos indígenas y, simplemente porque, además de temer al virus, son conscientes de las grandes deficiencias de las postas, donde las hay.

Las medicinas e implementos enviados por Selvas Amazónicas y alguna otra institución de la Iglesia han sido, allá donde el virus aún no llega con fuerza, no solo los primeros, sino casi los únicos. *Lo que han mandado ya ha sido donado a las diez postas de salud de la zona*, detalla el Padre Julio César, *siempre en coordinación con las licenciadas que están a cargo, tanto de la zona urbana en Villa Salvación, como en la parte rural de las comunidades*. Situación similar a la de Kirigueti, donde la primera semana de agosto se detectaron los primeros positivos. *Es importante toda la ayuda porque nos permite mejorar la atención, aquí tenemos personas muy vulnerables por su alimentación y su sistema inmunológico y sí, sinceramente agradecemos mucho los insumos porque no tenemos lo necesario*, reconoce la Lic. Ingrid Lucero Arapa desde el centro de salud de Kirigueti.

Desde Kepashiato, comunidad atendida por la Misión de Koribeni, la enfermera Elizabeth López, con más de 10 años trabajando en el centro de salud, también lo indica: *Gracias al padre Roberto, pues nos ha traído medicamentos y equipos, una cama de hospitalización que ya se instaló para poder atender a los pacientes Covid y un concentrador de oxígeno que también ya está instalado. De momento los pacientes positivos han realizado cuarentena y les hemos podido atender con medicinas y actualmente están estables*.



Y es que la cercanía y el apoyo incondicional de la Iglesia no solo en la emergencia, sino históricamente, por salvar vidas en los rincones más alejados es quizás lo más apreciado y valorado por la población local. Apoyo que, inevitablemente, se personifica en rostros concretos. El de Joel y sus mil proyectos; el de Roberto y su carro, manejando de sol a sol por las carreteras y caminos del Alto Urubamba; el de Miroslava y Úrsula contagiándose del entusiasmo y la alegría indígena de la que nada sabían cinco meses atrás; y el de tantos otros (y otras), religiosos y/o laicos que reman en la misma canoa, surcando ríos y quebradas siempre en dirección a la vida.

Estas ayudas son importantes no solo porque son necesarias y urgentes, sino porque aquí en la Amazonía representan que, a pesar de todo, existen personas y entidades que generan acciones positivas para este sector del mundo que está siendo muy observado, analizado y considerado por cuestiones de cuidado ambiental, cultural y social. Este cuidado lleva inherente el cuidado de la salud, pues si cuidamos la salud, educación y alimentación de las personas podemos cuidar las culturas, idiomas, costumbres y, asimismo, desarrollar una buena relación e interacción entre fe y cultura, entre la Iglesia y los pueblos originarios. La ayuda desde Selvas Amazónicas y otras instituciones aliadas genera un impacto no solo en la salud, sino en las relaciones de la Iglesia con la sociedad, fortalece mucho los vínculos entre los misioneros y los nativos, destaca el Padre Daniel Medina. Indica también que, de la población, no solo se recogen las críticas y el desencanto hacia sus autoridades sino que, inevitablemente, esto deriva en una inconsciente comparación resumida en “la Misión nunca falla, la Misión siempre cumple, siempre está a nuestro lado”.

Evangelizar y evangelizarse

La hermana Miroslava se siente, en apenas unos meses, completamente renovada y llena de vida. Reconozco que yo venía con mucho pánico y miedo. Cuando dije que venía a Puerto Maldonado la gente me decía que estaba loca y cuando entré a visitar a la primera familia en la comunidad de Infierno y vi que no tenían miedo, algo en mí cayó. Hablan de la muerte como de la vida. La alegría de los niños, de las familias reunidas en torno a nosotros, me siento muy evangelizada por la gente, y veo la vida de otra manera, me dan vida. No tengo miedo, y creo que si llevan la enfermedad de la mejor manera es porque no tienen miedo. Y es que en la selva la gente no solo es gente, es vida en estado puro. Vidas que contagian, que enseñan que otras formas de existencia terrenal son posibles y quién sabe si incluso mejores. Vidas que te impulsan a pensar y pensar, ¿qué más podemos hacer?



Foto: P. Ignacio (Misión Sepahua) en acto de entrega de donaciones al Hospital

El último 11 de julio el padre Ignacio Iráizoz, con casi medio siglo en la selva amazónica y de ellos casi 30 en la Misión “El Rosario” de Sepahua, se levantó como un día más. Se aseó, rezó y desayunó. Mientras apuraba los últimos sorbos del café sonó el celular. Era el doctor, su amigo Lucho. *Padrecito, ven urgente, ipucha! Tenemos que evacuar a una bebita, la que te conté ayer, sí... ¿puede venir al centro de salud?, le pidió. ¿Pero qué bebita, de cuál me hablas?, preguntó.* Pensando que su memoria le había vuelto a fallar no se paró a pensar más, se puso la mascarilla, arrancó la moto y fue. ¿Acaso él se acordaba que era su cumpleaños? Él no, pero quienes admiran su tesón por ayudar sí se habían acordado.

A su llegada no había ninguna bebita enferma, sino una tarta sobre la mesa y, alrededor (guardando las distancias) todo el personal de salud en posición de entonar el “cumpleaños feliz”. María Napuche, enfermera Amahuaca que quedó huérfana con 11 años y estudió gracias al apoyo de la Misión y de quienes la hacen posible, fue una de las que le felicitó: *Gracias Padre, es una persona humilde y generosa, de no ser por usted quién sabe, quizás hoy Sepahua hubiese sido otra su realidad. Gracias por preocuparse de que al menos podamos tener medicinas para atender a la gente. Le quiero mucho padre Ignacio, que Dios le siga dando muchos años más de vida.* Ignacio lloró.

